



SUENA EL TXISTU...

DAVID M.^a TELLECHEA Y SANTAMARTA

La tarde toca a su fin. Silencio en la plaza. Y allí, la catedral, gótica y vetusta, cubre los últimos reflejos del sol que, cual niño temeroso, se esconde tras las nevadas montañas.

El cierzo, aflautado a su paso por las estrechas callejas, pone un glaciador en las mejillas. Y la fuente, en su sempiterno chorrear, canta.

La quietud invita a la reflexión. Y mis recuerdos se mezclan con el eco de las pisadas sobre el adoquinado.

«La iglesia... El reloj de la torre, que no desafinó jamás sus campanadas... La plaza... El Ayuntamiento con sus magníficos soportales... El txistu que envolvía con sus agudos la comitiva... ¿El txistu?... Sí, el txistu... Pero, ¿dónde resuena?... ¿En mi mente?... ¡No, es aquí, junto a la catedral!»

En efecto, la noche incipiente se siente acariciada por una conocida melodía. El sonido del txistu penetra en el cierzo, apagando su ulular. Y de algún sitio cercano, o quizás desde la eternidad, voces de siglos, jóvenes y cálidas, derriten el frío de mi mente y me llenan de emoción.

Las estrellas parecen entender. Y al punto, lloran ráfagas de luz, que abrazadas a la melodía la acompañan hasta el cielo.

E incluso la fuente se cree un atabal, con su rítmica cadencia...

Son estudiantes. Estudiantes vascos, emigrantes en busca de cultura, que de esta forma recuerdan sus tradiciones, su cultura y su folklore, que han quedado atrás, al final de una larga carretera...

Es triste que cientos de jóvenes, casi niños, tengan que abandonar su casa, sus amigos, sus calles, su paisaje, para proseguir sus estudios en otras tierras.

Acostumbrados al verdor, la humedad y los grises del cielo, su mente tarda en adaptarse al calor, la tierra desnuda y el azul purísimo del firmamento.

Por eso, al partir, llenan su maleta de recuerdos, para luego darles vida en alguna calleja, de quién sabe qué ciudad lejana y así paliar su añoranza.

En esas ocasiones, el corazón sube a la garganta. Y palpita con ancestrales tonadas. Los acordes se suceden, ora briosos, ora melancólicos. Y la memoria de la tierra madre, aglutina las almas...

Al terminar, se traga saliva. Y, posiblemente, un vaso de vino la acompañe en su camino hacia el estómago. Los ojos húmedos ven el mar: Y en la lejanía, una madre reza...

«Agur».

Y las calles se llenan de pisadas, mudas... La luna observa, en silencio... Y el rumor desaparece tras una esquina...

En la estrellada noche invernal, los estudiantes vascos tocan el txistu y cantan sus canciones, junto a la catedral de Huesca y Dios sabe en cuántas partes más ajenas a su país.

Esperemos que algún día, el «Gaudeamus igitur» se oiga junto al Urumea, o quizás a la vera del Oyarzun. Y el txistu rubrique en esta ocasión la inmensa alegría de contar con una Universidad en nuestra querida tierra guipuzcoana.

Así sea.

Huesca, junio de 1975.